

UN MES.

Madrid. 6
Provincia. 7

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 69
Provincia. 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.—Uno idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por don Antonio Flores.—Uno idem de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

EL PERRO DEL MONTE DE SAN BERNARDO.

El monte de San Bernardo, uno de los que componen los Alpes, es una de las montañas mas altas que conocemos, pues se eleva nada menos que 40,600 pies sobre el nivel del mar. En la cumbre de uno de los picos de esa montaña, un virtuoso cenobita llamado Bernardo de Menthon, archidiacono de Avite, fundó un hospicio en el año 962, hospicio que subsiste todavía para gloria de su fundador y alivio de la humanidad.

El hospicio del monte San Bernardo se halla en el borde de un lago cuyas aguas se desprenden á siete mil trescientos pies de altura, y picos gigantescos y grandes montones de hielo rodean el santo edificio. Los religiosos que lo habitan han asociado á sus penosas tareas cierto numero de perros, dotados de un instinto maravilloso, y que están destinados á recorrer los sitios menos accesibles, para descubrir las huellas de los viajeros estraviados. Si el hombre vive aun, el perro le anima con sus caricias, y corre precipitadamente en busca de los religiosos, á los cuales atrae con sus aullidos hasta el sitio en que yace el cuerpo del infortunado. Los religiosos lo sacan del precipicio y lo transportan al hospital, donde le cuidan y alimentan gratuitamente, hasta que se halla en estado de continuar su camino.

En 1848, entre los perros del monte San Bernardo, habia uno que aventajaba á sus compañeros en inteligencia, y los otros perros, como rindiendo homenaje á su superioridad, le obedecian como pudieran obedecer á sus amos. Aquel perro, llamado *Diamante* á causa de sus maravillosas cualidades, solo con el ascendiente de su instinto, se habia hecho rey de sus compañeros, y con un movimiento de cabeza les dis-

volver de las diferentes direcciones á que los enviaba. Confiados los religiosos en la alta inteligencia de *Diamante*, no tenían que cuidar de los perros, porque sabian que jamás se apartarian de las órdenes que les daba su gefe, ni descuidarian un minuto la vigilancia de que estaban encargados.

Una noche en que el cielo estaba sombrío y cargado de nubes, los prolongados aullidos de *Diamante* advirtieron á los religiosos que algunos infelices sepultados en la nieve reclamaban pronto socorros. Muchos de ellos, guiados por el perro y provistos de faroles, corrieron tan presto como los malos caminos podian permitirlo; y á unos cuatrocientos pasos del hospicio descubrieron sepultados en la nieve á un hombre y una muger privados de sentido. Gracias á los cordiales que habian llevado consigo, esperaban volver á la vida aquellos desgraciados; pero viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos, y que la intensidad del frio agravaba el miserable estado de los viajeros, resolvieron trasportarlos al hospicio, en la esperanza de que el calor de una buena cama renovaria en ellos la circulacion de la sangre.

Cuando se iban á poner en marcha, *Diamante* hizo los mayores esfuerzos para detener á los religiosos, y antes, mientras prodigaban sus auxilios á los dos viajeros, no habia hecho mas que ladrar y saltar alrededor de los que no hacian otro oficio mas que el de espectadores, pero ninguno hizo caso, y todos se dirigieron hácia el hospicio sin cuidarse de las advertencias del perro.

¿Habia descubierto *Diamante* una nueva victima? No, porque los religiosos habian registrado en todas partes sin descubrir nada. Pero yo no sé qué cosa decia á *Diamante* que habia todavía en la nieve un ser que sufria. No era el olfato, porque el frio debia necesariamente paralizar este sentido; ¿qué era, pues?

La muger á quien se encontró cerca del viajero llevaba la gorra de un niño, y de la faltriquera de su delantal salia el cuello de una botellita cubierta de mimbre, con que en Alemania se suele dar de beber en el campo á los niños de dos ó tres años. ¿Dedujo el perro por la gorra y la botella que debia ir con los viajeros un niño? Esto seria muy extraordinario, y nosotros no nos atrevemos á asegurarlo; pero el hecho es que *Diamante* no queria alejarse, porque sospechaba habia otra victima, y no se engañaba.

Cuando el viajero y su muger cayeron agobiados por el frio, lucharon largo tiempo contra la desgracia que les amenazaba; pero al fin perdieron las fuerzas, y la madre soltó á su hijo; pero poco despues procuró salir del golfo de nieve en que veia aproximarse la muerte, y ayudada de su marido, á quien ella ayudaba á su vez, uno y otro anduvieron cincuenta pasos



El que no lo haya sufrido, no puede formar idea del frio que reina en el monte San Bernardo durante una gran parte del año; es tal, que los cadáveres no pueden corromperse, y despues de algun tiempo pasan al estado de momias.

tribua órdenes para tal ó cual punto, sin que los buenos de los animales pensasen nunca en sustraerse á aquella autoridad singular. Tenia *Diamante* dos modos de aullar, el uno para advertir á los religiosos que necesitaba su auxilio, y el otro para convocar á su tropa, haciéndoles

arrastrándose de rodillas, y he aquí cómo se explica que el pobre niño no hubiese sido hallado con su padre y su madre.

Viendo *Diamante* que ocupados los religiosos con los dos viajeros no querían oírle, se lanzó solo en busca de la tierna criatura, y no tardó en descubrirla tendida sobre la nieve y sin movimiento alguno. Al momento se acostó lo más cerca que pudo del niño, que apenas tenía tres años, y con la ayuda de sus patas consiguió colocarle sobre el vientre: entonces lo envolvió lo mejor que pudo con sus cuatro patas y su larga cola, y se puso á lamerle en todo el cuerpo, y esto por mucho tiempo, hasta que al fin conoció que el niño hacía algunos movimientos. El perro redobló entonces sus cuidados y sus caricias, y cuando vió que el niño se hallaba en perfecto conocimiento, lo puso en tierra, se echó sobre el vientre, se encogió cuanto pudo, y con sus ademanes y su pantomima invitó al niño á que montase en su espalda. Este lo hizo así, se puso á horcajadas sobre *Diamante*, y con los dos bracitos rodeó el cuello del robusto animal, que trasportó de aquel modo hasta el hospicio su preciosa carga, llegando en el momento mismo en que los viajeros, que acababan de recobrar sus rentidos, lloraban la suerte de su niño, á quien no esperaban volver á abrazar.

¡Juzgad lo acariciado, festejado y besado que sería *Diamante*! Y el bueno del animal recibía todas las felicitaciones, todas las demostraciones de gratitud con una modestia que aumentaba el precio de su accion. ¡Lo que había hecho era tan natural en él! ¿No era su ejercicio y su misión arrebatarse á la muerte los desgraciados? Pues bien, había cumplido con su deber, y había llenado su misión sin que se le debiese por ello cosa alguna. Esto parecían decir sus ojos, clavados con ternura en el niño, que jugaba con sus largas orejas.

Diamante debe haber muerto ya, porque era muy viejo: los religiosos del monte San Bernardo le habrán enterrado, no faltando al menos una lápida sencilla que recuerde la inteligencia y la filantropía de aquel pobre perro.

UNA JOVEN A PEDIR DE BOCA.

EPISODIO SOCIAL.

I.

EN MADRID.

—¿Dónde está mi hija?
—En su gabinete.
—¿A estas horas en su gabinete? ¿Pues qué hace?
—Estudia la lección de piano.
—¿Y en estudiarla invierte el día entero?
—Ya sabes que en eso se cifra su dicha.
—Pero no la mías. ¿Aspira acaso Paulina al primer premio del Conservatorio?
—Con esa reflexión solo conseguirás incomodarla. Paulina, como todos, tiene sus ideas.... su género de vida... Tal vez será esto un defecto... pero ¿qué quieres?
—¿Qué quiero? Quiero que sea amable, que se desvele por complacerme, y no me complace nunca. Ya sé que pasa por una *jóven á pedir de boca*, que se la admira como sabia, como gran flarmonica, como muy hábil para todo; pero te advierto, Teresa, que si Paulina no reúne las bellas cualidades que adornan á su hermana Eugenia, tendré mucho de qué quejarme.
—Casi no conozco á Eugenia; solamente la he visto dos veces durante tu ausencia...
—¿Cómo es eso? ¿En los cinco años que yo he andado por esos mundos, mi buena prima no la ha traído mas que dos veces á Madrid?
—Nada mas. Catorce años tenía cuando hizo su primer viaje; era una niña, no tenía trato... ¡Se había cultivado tan poco su inteligencia! ¡Era tan tímida, tan encogida!...
—¿Encogida, eh? En cambio la otra es desen-vuelta; váyase lo uno por lo otro; ¿y en el segundo viaje, qué te pareció?
—Tu prima la trajo el año pasado con objeto

de que me hiciera compañía una temporada.... Siempre á vueltas con su labor... yo estaba enferma... me asistió... bordaba á la cabecera de mi cama... era buena, cuidadosa... La creo de un carácter dulce, apacible, bondadoso; pero es una muchacha... vamez... una muchacha vulgar.

—¡Vulgar!

—Sí, de esas que se ven todos los días.

—¿De esas que se ven todos los días? No te comprendo... Vaya, Teresa, háblame de mis hijas; yo, antiguo marino, siempre viajando, casi no las conozco. Las dejé muy niñas, confiándolas al cuidado que mis buenos parientes quisieron tomarse por su educación, mas ahora que, gracias á Dios, me encuentro aquí sano y salvo, quiero disfrutar tranquilamente el resto de mi vida: ya es tiempo de descansar. Quiero vivir en una capital de provincia donde tengo parientes y amigos de la infancia; detesto vuestro Madrid, necesito de una existencia mas sosegada, en compañía de mis queridas hijas. ¡Ah! dime todo lo que sepas de Eugenia.

—Sé tan poco... Seguramente es muy buena, pero...

—Teresa, tus *peros* me hacen temblar.

—Pero yo creo, aquí para entre nosotros, que es diametralmente opuesta á su hermana; Paulina es encantadora, una mujer adorable, superior.

—¡Bah!

—¿Lo dudas? Busca entre las jóvenes del buen tono una que la iguale; no la encontrarás mejor educada.

—Pero en fin, ¿cómo ha sido su educación? porque á la verdad, yo de eso entiendo muy poco; me he entretenido mas en estudiar las costas del Océano que el corazón humano. Todo cuanto he visto en este género se reduce al corazón de Luisa, tu hermana, mi pobre mujer, que he perdido por mi desgracia. Era perfecta; ¡qué bondad! ¡qué amabilidad!... ¿Por qué seres de esta especie no han de ser inmortales?... En fin, hablemos de Paulina. ¿Qué ha aprendido? ¿Qué sabe?

—Sabe un poco de todo.

—Tu hermana ignoraba mucho, y no era menos encantadora.

—Habla el francés, entiende el italiano, lee el inglés y no es del todo extraña al alemán.

—¡Me llenas de admiración! Yo he olvidado el poco latín que aprendí, y jamás pude retener una sola palabra del griego.

—Toca el piano como un ángel.

—¡Hola! ¿Y los ángeles tocan también los aires de mis tiempos? Me alegraré, porque aborrezco la música moderna.

—No tal, Paulina no toca esas antiguallas, son de mal tono, solo ejecuta lo bello, lo difícil.

—Tanto peor. No me gustan las cosas difíciles.

—Monta á caballo como una amazona.

—¿Sí?

—Es muy intrépida: corre en las cacerías con mas velocidad que una campana á vuelo.

—No se necesita tanto. Luisa sabía sostenerse á caballo, al montar no le faltaba gracia ni destreza, y paseaba conmigo y algunos amigos: hasta aquí bien; pero todo lo demás es inútil. ¿Qué mas sabe?

—Baila que es un portento, todo el mundo lo dice.

—¡Es aficionada á bailar! Como su madre. ¡Pobre esposa mía! Aun me parece que la veo saltando, revolviéndose como una niña. Bailaba conmigo, esto estaba muy en su lugar; si yo no la sacaba, no había miedo de que bailase: el baile era para ella un placer muy pasajero, no un capricho: no me gustan mucho los caprichos. Continúa.

—Nada á la perfección.

—Vamos, eso le puede servir para no ahogarse: dices bien, bueno es saber un poco de todo. Sigue.

—Canta admirablemente.

—¡Bravo! Eso me agrada. Yo le haré que me cante las canciones favoritas de mi Luisa, *la Atala y el caballo que entró en Cádiz*. Nunca he podido desearlas de la memoria.

—Mucho trabajo te costará conseguir eso. Las flarmonicas á la moda se desdennan de cantar esas simplezas.

—Pues á mí me agradan esas simplezas. Más parece que la verdadera satisfacción de una señorita debe cifrarse en agradar á su padre. ¿Qué mas sabe hacer?

—¿Qué te diré yo? Hace flores artificiales divinamente.

—¿Y la aguja? ¿Qué tal la maneja?

—Borda como una hada.

—¿Y las hadas saben zurcir?

—Si se tomara ese trabajo, lo haría como otra cualquiera.

—Pero no se lo toma, ya lo veo. Prosigue.

—¿Quieres mas todavía?

—Su madre, que valia mucho, cuidaba de su casa con un talento admirable; llevaba las cuentas cien veces mejor que yo; tenía algunos conocimientos prácticos. Me acuerdo de un año entero que pasamos en el campo; teníamos á la sazón una cocinera que nunca acertó á hacer una sopa; Luisa le enseñó la ciencia utilísima de los potages, y de adelanto en adelanto, la instruyó en el precioso arte de hacer cremas y compotas. ¡Pobre Luisa! ¡Qué bien sazónaba sus guisados!

—Estás muy severo; Paulina sabe mas que la mitad de las mujeres.

—Cierto; pero ignora lo que sabe la otra mitad.

—¿Pides tanto!

—¿Yo? ¿Pues qué necesita un marino en tierra? Necesita muchas cosas pequeñas, pero no maravillas: la verdad, no estoy por las maravillas. Ser buena, cuidar de su casa, hacer la felicidad de la familia, he aquí en tres palabras la idea que me he formado de una mujer á pedir de boca. Así era mi Luisa.

—Créeme, cuando tengas ocasión de admirar los triunfos de Paulina, no le echarás nada en cara.

—Cuando estemos en otra parte, puede ser; pero estando en casa ¡echaré tantas cosas de menos!... En fin ¡pobrecilla! Al cabo es encantadora, pero temo mucho que no me encante, porque como soy su padre...

—Un padre muy exigente.

—Muy discolo. ¿No es esto lo que quieres decir? Nada de eso, puedes creerme, hace ya mucho tiempo que me conozco; soy el mejor hombre del mundo, es positivo, indudable. Poco me falta para estar contento; mas al cabo me falta ese poco.

El capitán Contreras, á pesar de sus bruscos modales, era, como él decía, el mejor hombre del mundo: ocultaba una gran sensibilidad bajo la rudeza de su tono y su lenguaje. Viudo poco después del nacimiento de su segunda hija, había puesto á Paulina al cuidado de Teresa, su hermana política, y á Eugenia al de una de sus primas, mujer de edad y llena de experiencia que vivía en Granada.

El capitán, medio inflexible, medio condescendiente en todos sus actos, había consentido en separar á sus hijas y dejarlas seguir la senda que respectivamente les trazasen cada una de estas dos Mentoras.

Contreras, verdadero marino, era muy poco inteligente en las cosas del mundo. Señor absoluto á bordo, firme, experimentado, no veía nada mas allá de su buque.

De esta vida agitada había nacido una gran necesidad de reposo y de felicidad interior. El bravo marino no podía resistir á este deseo, y sus sueños dorados se cifraban en pasar cómodamente el resto de sus días en una capital de segundo orden, rodeado de sus hijas y de sus amigos.

Para asegurarse un porvenir tan delicioso como lo deseaba, hubiera sido preciso que sus hijas participasen de sus gustos y de sus ideas; pero imprevisto, y, como él mismo ha dicho, sin conocimiento del corazón humano, Contreras no se ocupó nunca de semejante cosa: mas de una vez había dado la vuelta al mundo repitiendo: «Mis hijas serán encantadoras, ¡pero su madre era tan buena!...»

Trascurridos algunos años, Paulina y Eugenia fueron completamente extrañas la una para la otra; muchas causas habían producido este resultado. Doña Isabel vivía en Granada, y siendo sus ideas sobre educación diametralmente opuestas á las de su prima política doña Teresa, había evitado la unión de las dos jóvenes antes que se formasen sus caracteres.

Paulina, que habia pasado ocho ó diez años en uno de los mas afamados colegios de Madrid, montado por supuesto á la francesa, era el tipo de la joven cortesana de alto tono. Bella, instruida, graciosa, se la llamaba una joven perfecta, á pedir de boca; y su tia, que la adoraba, ella misma lo ha dicho, solo le encontraba un defecto, si bien insignificante, el de ser algo dada á sus caprichos; de aqui se deduce que Paulina desde la mañana hasta la noche solo hacia su voluntad, que no siempre estaba conforme con la de los otros.

Eugenia, mucho menos brillante, habia sido educada en la sumision, en el estudio de cosas graves y en la práctica habitual del deber; era de pocos conocida, poco citada y mucho menos admirada. Algunas personas graves solian decir de ella: «es muy buena.» He aqui el término de todos sus triunfos.

Habia llegado el momento de reunirse á su padre: no sin muchas lágrimas se separaron las dos niñas de sus tias, á quienes amaban entrañablemente. Contreras les permitió que fuesen todos los años á pasar una temporada, y se separaron diciéndose:

—Hasta la vista.

(Se continuará.)

LAS STACIONES DE OTRO TIEMPO Y LAS DE HOY.

Nada es mas comun que oir á los que nos han precedido en la vida, y repetir sobre todo en todos los tonos, que el orden de las estaciones no es hoy el mismo que en los dias de su juventud, y que empeora de año en año el estado atmosférico del globo. Muchos de ellos, despues de haber agotado en otro tiempo todos los rasgos de la incredulidad y de la burla contra los sistemas geológicos, que no ven en nuestro planeta sino una antigua bola de fuego, hace mucho tiempo carbonizada y en estado de pasar al de hielo, se han convertido gradualmente de esta teoria en ardientes defensores por accidentes meteorológicos del orden mas comun: un invierno rigoroso, una primavera tardía, demasiada lluvia de estío, poco vino en otoño, ampliando las hipótesis de Buffon con este motivo, no se cansaron de anunciar la muy próxima é inevitable congelacion de nuestro planeta, y en acusar al gran naturalista de Mombard de no haber puesto y fijado en la época actual el fin del mundo.

Creeríase al oírlos que en otro tiempo las estaciones se sucedían regularmente en el curso del año, como los exámetros de Tompson ó de San Lamberto.

Pero estas anomalías de la naturaleza no son cosas nuevas: las mas antiguas tradiciones de la humanidad conservan bien tristes recuerdos. Los grandes analistas de la Grecia y Roma han tenido que registrar rigurosos inviernos, estios lluviosos, rios desbordados, ciudades y mieses destruidas por las aguas.

Tucidides, Tito Livio, Tácito, hablan tambien frecuentemente de semejantes calamidades, como los periodistas de hoy, con solo la diferencia del estilo. Las crónicas del largo período de tinieblas y de barbarie conocido bajo el nombre de la edad media europea, están llenas de indicaciones de hechos, dando lugar por su parte á lamentaciones y suposiciones cuyo absurdo no deja ni el mérito de la invencion á las quejas y á las bellezas apocalípticas de algunos de nuestros contemporáneos. Entre millares de ejemplos que podríamos citar, escogemos el siguiente de fecha de ocho siglos.

En aquella época una opinion general, acreditada por una falsa interpretacion de algunos versos de San Juan, hacia fijar el fin del mundo en el milésimo aniversario de la muerte de Cristo.

Sucedió, pues, que durante los tres años que precedieron y completaron el fatal milenario (1031, 1032 y 1033), una capa espesa de nubes no cesó de envolver el mundo cristiano, vertiendo sin cesar sobre el suelo tales torrentes de agua, que durante todo aquel tiempo en Grecia, en Italia, en Inglaterra y en la Francia, no hubo ni mieses ni sementera. Durante tres años, dice el monge Ranulfo Glaber, que

desde el fondo de su claustro de Cluni recogia los hechos y las noticias de su siglo, las llanuras y aun los montes que no cubrian las inundaciones, no se vistieron mas que de yerbas parásitas. Si se recuerda que en aquella época no habia ninguna relacion de pueblo á pueblo, ni de gobernantes á gobernados, en que las comunicaciones de provincia á provincia, de ciudad á ciudad eran nulas ó erizadas de dificultades, podrá formarse una idea de la estrechidad á que reduciria el azote diluvial á las poblaciones fraccionadas por el régimen feudal.

El hambre reunió en una angustia comun á los grandes y á los pequeños, á los poderosos del mundo y á los desgraciados en los padecimientos. Todos llevaban la palidez en la frente y el hambre en los labios. En Borgoña el celtin de trigo llegó hasta 60 y aun 90 sueldos de plata (30 reales).

Despues de haber agotado los recursos precarios de la caza y la pesca, se acudió á otros mas insignificante todavia, cual fué á la yerba de los campos y cortezas de los árboles: se llegó hasta disputar á los lobos los cadáveres que la piedad de los fieles amontonaba en los cementerios; se vieron hombres tender redes á los niños para *inmolarlos á su vientre*; otros, organizados en numerosas bandadas, en los bosques y en el fondo de las gargantas se arrojaban sobre los viajeros, no para dividirse sus despojos, sino para alimentarse con sus miembros. Durante largo tiempo las riberas del Saona conservaron con terror el recuerdo del ermitaño de San Juan de Chataenais. Bajo apariencias de beneficencia y santidad, este servidor de la Iglesia atraia los fieles á su celda, de la que habia hecho una carnicería. El cronista, que asistió á su arresto y á su suplicio, contó en la morada de aquel canibal los esqueletos de cuarenta y ocho de sus victimas.

Nuestra edad, lo reconocemos, no es la edad de oro, pero se puede afirmar que aunque la lluvia no cesase en tres años, no se señalaría con los horrores que acabamos de contar. Si alimenta en si falsos profetas tienen ciencias exáctas para refutarles: y á los Casandros de la congelacion próxima del globo, puede oponer las decisiones sin apelacion de la geometría. Por cálculos minuciosos sobre la relacion de la tierra y de la luna, el ilustre astrónomo Laplace ha establecido el resultado, el mas probable, de que hace dos mil años la temperatura media de la tierra no ha variado en la centésima parte de su grado centígrado.

VUELTA DEL COMETA DE CARLOS V PARA 1858.

Segun cuentan muchos historiadores, Carlos V vacilaba hacia dos años en firmar su abdicacion, cuando la aparicion de un brillante cometa en 1556 le pareció un presagio enviado por el cielo, que puso fin á su irresolucion. *He aqui mi destino que me llama*, exclamó, no dudando que un astro tan brillante fuese espresamente enviado para el mas poderoso soberano de la Europa. Apresuróse á entrar en el monasterio de Yuste, esperando que la siniestra influencia de un astro destinado á un rey, no tendria ningun poder sobre un hombre desprendido de todas las grandezas humanas.

Este mismo cometa habia ya causado grande terror en 1264. Lo encontramos á poco de la muerte del papa Urbano IV. Reaparece cada trescientos años. Los historiadores europeos y chinos mencionan las apariciones de los años 975, 683 y 104, como los mas notables y brillantes. Dunthorne reconoce que este cometa es periódico: calculó los *elementos* de él, con Pingree; estos astrónomos predijeron su vuelta para 1848.

Desgraciadamente el cometa no acudió á la cita fijada con cien años de anticipacion: hubiera sin embargo llegado justamente á tiempo de presagiar la revolucion de febrero en Francia, que, como saben nuestros lectores, conmovió casi toda la Europa, haciendo sentir sus movimientos hasta en nuestra España, si bien se tuvo la suerte de reprimirlos. Los astrónomos alarmados creyeron que el cometa habia desaparecido fuera del cielo visible, separado de su ca-

mino por la atraccion de algun poderoso cuerpo celeste, ó que se habia fundido en alguna neblina, que es la suerte de la mayor parte de los cometas, ó por último, que no habian sido calculados con bastante exactitud los elementos. Fué preciso volver á empezar todos los cálculos, haciendo entrar en ellos las atracciones ejercidas por los planetas de nuestro sistema, y valiéndose de todos los nuevos recursos de que puede disponer la astronomía. Era este un trabajo inmenso; un astrónomo de Middelbourg, Mr. Boumme, le ha llevado á feliz éxito. Este infatigable calculador ha mostrado que el cometa de Carlos V debe haber experimentado un retraso de diez años: debe volverse á presentar en agosto de 1858, con un *error probable* de dos años mas ó menos. La inexactitud de las observaciones de Fabricio, astrónomo de Carlos V, es la causa principal de esta incertidumbre. En todo caso el cometa volverá á aparecer antes de 1860 y tal vez en 1857.

No hay que asombrarse de que un cometa no vuelva sino al cabo de tres siglos á la misma region del cielo: he ahí que no acaban su revolucion sino al cabo de tres mil años; mas aun: un cometa observado por Mr. Mawais, y calculado por Mr. Propte-Monlant, tardará *trescientos mil años* en recorrer su órbita toda entera.

LA NOCHE DEL 30 DE MARZO DE 1814.

El 5 de marzo de 1813, Napoleon hizo anunciar á los inválidos que los visitaria aquel dia; inmediatamente el magnífico Hotel de los Inválidos tomó su aspecto mas animado y brillante. El mariscal Serrurier, gobernador, y el general Darnaud, comandante del Hotel, mandaron poner á todos sus hombres de gala, y el emperador se presentó muy pronto en el patio de honor, donde les pasó revista. En esta visita se mostró lleno de bondad y benevolencia; habló con muchos centenarios que se hallaban en las filas, y dió á todos muestras de su generosidad; pero no se pudo impedir notar sobre su frente una involuntaria tristeza, una preocupacion penosa, una especie de presentimiento. En efecto, esta visita era la última que hacia á sus antiguos servidores.

La hora de las traiciones y de los desastres iba á suceder á la de los triunfos. Un año, mes por mes, se pasó en las rápidas empresas de aquel hombre, de 1813 á 1814, marcado con su sello fatal en los anales de la Francia. Triunfaban los franceses en Lutzen y Batzen; empero eran derrotados en Leipsick, y el extranjero se precipitaba ya sobre la Francia.

Las batallas de Briennes, en Kotiere, de Camponne, de Montereau, de Montmirail, de Craon, de Reims, se hallaban marcadas con prodigiosas hazañas; empero la estrella del grande hombre que habia sometido á la Europa palidecia, y á cada momento se acercaba mas el enemigo al corazon de su pais; el ejército imperial se hallaba en plena retirada. Los nombres de Sezanne, de Chailly, de Laferte-Gaucher, de Meaux, teatro de desesperadas luchas, donde mas de una vez vinieron á estrellarse las guardias rusas, prusianas y austriacas, atestiguaron el valor de los franceses; pero la traicion habia pronunciado su sentencia, estrechándose su círculo ante las innumerables cohortes de la Europa coaligada, el 29 de marzo comenzaban á invadir á París.

El 30 al medio dia, á pesar del terrible combate sostenido en Charenton por Mortier y Marmont, el rey José, que habia sido arrojado de su trono de España, y servia como general sosteniendo el vacilante trono de Napoleon, desesperando de la partida, mandó á los mariscales capitular, y se puso en camino para el Loira. Mientras que obedecian dolorosamente á esta consigna, sus enemigos, que nada detenia ya, ocuparon á Monceaux á las inmediaciones de París; Mortier solo, ignorando la órden de capitular, se mantenía firme todavia; bien pronto, informado él mismo de aquella determinacion, suspendió el fuego y se reunió con su colega y al consejo que se verificó en la Nilletta.

Se convino en aquella sesion que los alia-

dos, este era el nombre que les daban los partidarios de los Borbones, y que sitiaban la plaza en numero de ciento treinta mil hombres, entrarian á la mañana siguiente, y que la noche seria concedida á la corta guarnicion para salir con sus materiales.

Resonó esta noticia como un tañido fúnebre en el corazon de la gran ciudad, y mas dolorosamente que en ninguna otra parte en el Hotel de los Inválidos. Allí fué un estupor, un duelo; la oyeron con lágrimas en los ojos.

Hubo un instante en que Serrurier y Darnaud concibieron la idea de fortificarse en el Hotel y hacerse aplastar bajo sus ruinas antes que permitir penetrase en él el enemigo. Empero esta era una locura sublime, y su deber era ante todo someterse á las órdenes de los que representaban al emperador. Sin embargo, aquel Hotel encerraba un tesoro inapreciable, conquistado á precio de la sangre de millares de franceses, el que constituia su gloria. Era aquella coleccion de trofeos traídos despues de cada batalla, y desplegados bajo las bóvedas de la iglesia; espléndido museo que contaba el prodigioso número de 1417 banderas de todas las naciones...

Serrurier las hizo quitar desde luego y meterlas en furgones, esperando todavía poder trasladarlas á Orleans; pero la empresa se hacia de minuto en minuto mas impracticable; hubiera sido esponer la vida de la escolta y el convoy.

—Pues bien, exclamó de pronto, antes de que vuelvan al enemigo que desaparezcan.... que traigan antorchas.

Y de pronto, en el patio de honor donde se hallaban los furgones dispuestos para marchar, en aquel mismo patio donde Napoleon habia pasado su última revista, se reunieron todos los hombres del Hotel, arrancaron las banderas de los carruages, y bajo la vista misma del mariscal de Darnaud las pegaron fuego.

Fué una escena terrible y solemne en medio de aquella noche llena de siniestros rumores y maldiciones.

Vióse ancianos soldados precipitarse con rabia hacia las cenizas, y como para sustraerlas á la codicia de los invasores, mezclarlas con su bebida y tragárselas.

Un oficial hizo polvo sobre un yunque la espada del gran Federico, traída siete años antes al Hotel, y sus restos fueron arrojados al Sena.

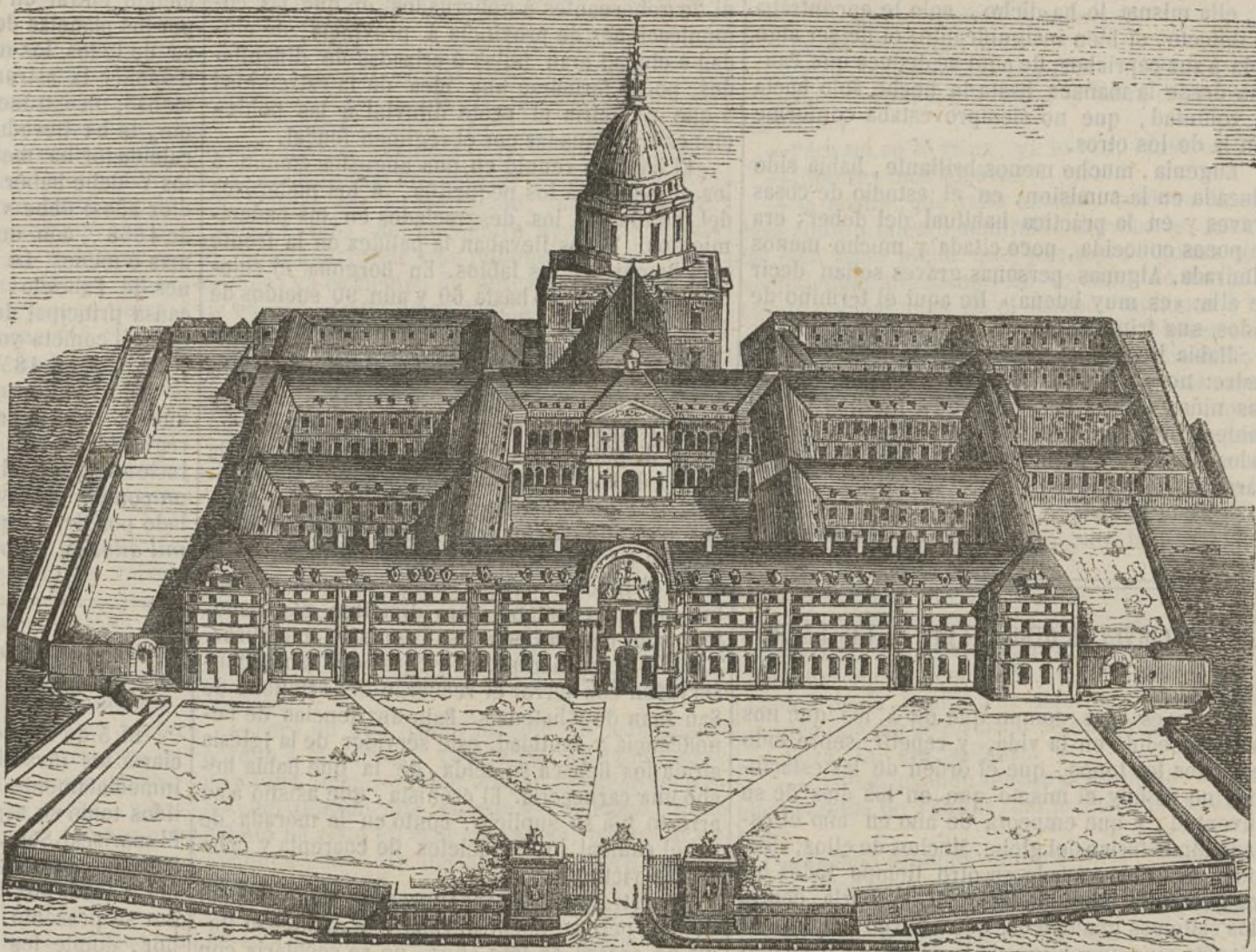
Al dia siguiente por la mañana el enemigo se presentó, celoso de recobrar aquellos trofeos testigos de sus derrotas, Serrurier les enseñó el monton de cenizas que cubrian el patio.

—Aquí están, les dijo, y aunque os lleváseis este polvo, aun quedaria mucho que no podriais llevaros sino registrando las entrañas de mis soldados.

Esta escena ha dado motivo á un magnífico cuadro de Mr. Edfrenne, en el que se ve en medio del patio de honor, grupos que rodean una vasta hoguera, donde se consumen haces de trofeos. Las llamas proyectan su rojiza claridad sobre las paredes y sobre los personajes. Por un lado el mariscal y sus oficiales, detrás de los cuales se agolpan los inválidos, atentos y recogidos en su desesperacion; en el otro hay escenas mas animadas: las banderas arden en monton, los inválidos atizan las llamas ó beben las cenizas: sobre todo los rostros son de un grande estudio, y revela un verdadero talento la espresion de los diferentes tipos que poblaban el Hotel de Inválidos; y sin embargo, el

horror comun por los males de la patria, resalta junto con el sacrificio que se verificaba. La perspectiva, la transparencia de las llamas, los efectos de la noche y de la luz completan este

de mis queridas mas que cien duros á fin de adquirir sus gracias, y por las de vd. llegaré á dos mil. Reflexione vd. bien, y piense que hoy el dinero es mas escaso que nunca.»



Cuartel de Inválidos de París.

admirable efecto. Este admirable cuadro está destinado para colocarse en el museo de Versailles.

MISCELANEA.

Un célebre escritor francés, habiendo emprendido un viage á Ferney con el solo objeto de ver á Voltaire, fué muy bien acogido por madama Denis; se le convidó á comer, pero no pudo ver á Voltaire. Antes de partir le escribió lo siguiente: «Siempre sospeché que érais un dios, pero hoy me he convencido de ello, puesto que se os bebe y se os come sin veros.» Voltaire se sorprendió tanto con esta agudeza, que se presentó para abrazarle.

Noches pasadas, uno de nuestros escritores mas célebres disputaba en el café del Principe con un ex-diputado, hombre de mucho amor propio y de escaso mérito. Despues de varios altercados relativos á la cuestion que se dilucidaba, exclamó nuestro ex-diputado:

—¡Caballero, si no es cierto lo que digo, le doy mi cabeza.

—Acepto, repuso el poeta, que los regalos insignificantes sostienen la amistad.

El ex-diputado no comprendió la agudeza.

Luis XIV enseñó á Boileau unos versos que habia compuesto, y le pidió su parecer acerca del mérito de los mismos.

—Señor, contestó Boileau, nada es imposible para V. M. Os habeis empeñado en hacer malos versos y lo habeis conseguido.

DOS CARTAS DE AMOR.—Un rico banquero del siglo de Luis XIV, escribia el siguiente billete de amor á una linda muchacha que habia adivinado que podia hacer su querida:

«Muchas veces he amado en mi vida, señora, pero nada he amado tanto como á vd. Lo que me hace decir esto es que no he hado á cada una

No se hizo aguardar mucho tiempo la respuesta, que fué tal como el demandante podia desear. Héla aqui:

«He notado, caballero, por las conversaciones que he tenido con vd., que tenia vd. mucho talento; pero no sabia que tuviese vd. tanta galantería. Nada he visto tan lindo como su billete de vd.; tendré mucho gusto en recibir otros iguales, y mucha alegría en hablar con vd. esta tarde.»

LOGOGRIFO.



ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.